

privaciones por sus hijos; su carácter tiene que encontrarse templado para recibir todo género de tribulaciones sin despedazarse y todo género de alegrías sin estallar.

“¡Cuántas y cuán grandes virtudes necesita la madre, esa Providencia hermosa de la casa, ese admirable ángel de guarda de la familia! Debe ser tan previsora como perspicaz. Su boca debe estar llena siempre de miel, de consolación y de consejos; su corazón de valor, de abnegación, de desprendimiento y de ternura.”

Pero dejémonos ya de consideraciones generales sobre el matrimonio y sobre la mujer, y descendiendo á la práctica, personalicemos, por decirlo así, la cuestión y véamos cómo podrás cumplir mejor con tus deberes de esposa para que seas feliz en tu matrimonio.

Con la franqueza que me es genial y en el estilo verdaderamente familiar que corresponde, voy á decirte lo que me ocurre á este respecto.

Es indudable, hija mia, que una buena esposa debe empezar por amar á su marido, y aun obedecerlo y respetarlo hasta cierto punto; y digo hasta cierto punto porque la obediencia y el respeto de la mujer para el marido no son como los que el hijo debe al padre, el inferior al superior: nó, la obediencia y el respeto que la esposa debe al esposo, son relativos, ó más bien dicho, son la consecuencia forzosa del papel superior que el hombre viene á representar en el matrimonio. Pero lo gracioso del caso es, que entre los buenos esposos acontece con frecuencia que la verdaderamente obedecida y respetada es la mujer y no el hombre.

Y bien, ¿tú sabes quién tiene poder bastante para hacer éste y otros milagros semejantes en el matrimonio? Pues ni más ni menos que las mujeres mismas cuando son bastante amables, prudentes y discretas.

La prudencia, la discreción (que es su compañera casi inseparable), y la virtud sobre todo, son, hija mia, las garantías infalibles de la felicidad de los matrimonios y el talisman al mismo tiempo, la varita mágica con que las mujeres hacen lo que quieren de sus maridos. Casi no se da un paso en la vida conyugal sin que se vea, se palpe, se toque, por decirlo así, esta verdad importantísima que deberían tener siempre presente todos los esposos, pero especialmente las mujeres que tienen á su cargo la parte más difícil del matrimonio. ¡Ah! no hay duda, la mujer amable, prudente y discreta, tiene en sus manos la llave de su propia felicidad.

Es, por tanto, preciso é indispensable que tú procures, hija mia, adquirir la mayor dosis posible de estas virtudes para que seas tan feliz como yo deseo.

Las lágrimas de la simpatía son más dulces que gotas de rocío destiladas por las rosas en el seno de la primavera.

## MI HOGAR.

Aquí en mi templo, en mi hogar,  
Centro de virtud y amor,  
Donde no han logrado entrar  
La tristeza ni el dolor,

Son puros los sentimientos,  
No hay lágrimas en los ojos,  
Ni sombra en los pensamientos,  
Ni en el semblante sonrojos.

Libre de afán y recelos  
Cómo, de mi esposa al lado,  
El pan que me dan los cielos  
Muy pobre, sí, pero honrado.

Nada perturba la calma  
De nuestro goce profundo,  
Que el amor defiende al alma  
De los peligros del mundo.

Y aquella misma ilusión  
Que forjó nuestro embeleso,  
Cuando tembló el corazón  
Al rumor del primer beso,

En mi hogar como una estrella  
Resplandece todavía,  
Limpia, inmaculada, bella,  
Lo mismo que el primer día.

Y al ver que siempre á los dos  
Tan dulce paz nos cobija,  
Para bendecirnos Dios  
Nos mandó un ángel, nuestra hija.

Cuando no me abriga el techo  
Que toda mi dicha guarda,  
Siento algo extraño en el pecho  
Que me hiere y me acobarda;

Me parece que me ahoga  
La tempestad de la vida,  
Como una barca que boga  
Por la mar embravecida.

Busco entónces anhelante  
En mi hogar quietud y amparo,  
Como busca el navegante  
Entre las sombras el faro.

Cuán grato es á mi regreso  
Ver que calman mi dolencia:  
De mi esposa el casto beso,  
De mi madre la presencia,

Y de mi hija, que aún no pisa  
De este mundo los abrojos,  
De sus labios la sonrisa,  
La mirada de sus ojos,

Y los amorosos lazos  
Que forma en sus desvaríos,  
Cuando me tiende los brazos  
Buscando ansiosa los mios.

Modesta y santa mansion  
En cuyo seno se encierra  
Mi culto, mi religion,  
Mi gloria sobre la tierra!

Si Dios me concede verte  
Siempre feliz y risueño,  
Sentiré llegar la muerte  
Cual la llegada de un sueño.

Pues mi dicha más cumplida  
Será ver cuando sucumba,  
Que lo mismo que en la vida  
Llevo tu amor á mi tumba.

JUAN B. GARZA.

Marzo 30 de 1884.